



Año 1 – N° 2  
2do. cuatrimestre de 2002

Publicación cuatrimestral  
del

SEMINARIO CONCORDIA  
Escuela Superior de Teología  
de la  
IGLESIA EVANGÉLICA  
LUTERANA ARGENTINA

Libertad 1650 (49 N° 7200)  
C. C. 5  
(1655) José L. Suárez Bs. As.  
Tel. (011) 4720-7797. Fax.  
(011) 4729-0345  
[seminarioconcordia@elsitio.net](mailto:seminarioconcordia@elsitio.net)

Editor Responsable

DAMIÁN JORGE FISCHER

[Teologia@web-mail.com.ar](mailto:Teologia@web-mail.com.ar)

Redacción  
Cuerpo Docente del  
Seminario Concordia  
Damián J. Fischer  
José A. Pfaffenzeller  
Antonio R. Schimpf

Agradecemos la  
participación al pastor  
Mario Rusch

## UNA IGLESIA QUE CELEBRA SU SALVACIÓN

«Ciertamente les aseguro -dijo Jesús a sus discípulos, poco antes de morir- que ustedes llorarán de dolor, mientras que el mundo se alegrará. Se pondrán tristes, pero su tristeza se convertirá en alegría».

Jn 16.20 (NVI)

Cientos de cristianos en nuestro país oran por la nación, por sus familias, por la predicación fiel del evangelio. Cada uno de ellos, día tras día, sale para cumplir con sus responsabilidades, encomendando su vida y la de los suyos en las manos del buen Dios, con el firme convencimiento de que el Señor tiene dominio sobre todos los aspectos de la historia humana. Hermanas y hermanos nuestros que fundados en la roca que es Cristo, la verdad de Dios, procuran engrandecer el nombre del Señor dentro y fuera de sus hogares. Hombres y mujeres que son renovados interiormente en su estudio comunitario de las Escrituras. Ellos se caracterizan por el amor, la compasión, la paciencia, la humildad, el dominio propio, el gozo.

Quizá usted esté pensando que esto es muy ideal. ¡Los cristianos también sufrimos! -podrá decir. Es cierto, los cristianos también lloramos. Es que, aunque no pertenecemos al mundo, somos enviados al mundo. Que *compasión* puede haber si en cierta manera no *padecemos con* los que sufren. «En este mundo afrontarán aflicciones -dijo Jesús-, pero ¡ánimense! Yo he vencido al mundo». (Jn 16.33b). Es verdad que no podemos abstraernos de la realidad. ¡No es bueno que lo hagamos! Estamos en el mundo. Sin embargo, no permitamos que se estreche nuestra visión. «...su tristeza se convertirá en alegría»... «Yo he vencido al mundo», es la promesa victoriosa del Señor Jesús, «... nadie les va a quitar esa alegría» (Jn 16.22).

Cuando nos dejamos absorber por las dificultades propias del momento histórico que nos toca vivir, perdemos la perspectiva. Los cristianos, miembros del pueblo santo de Dios, que es la iglesia, somos enviados al mundo con un propósito: anunciar las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable (1P 2.9). A nosotros, que estábamos muertos en nuestros pecados, Dios nos dio vida en Cristo (Ef 2.5), su resurrección portentosa es confirmación de ello y principio de ese gozo indecible que embarga los corazones de todos los que hemos creído. Cristo no tuvo el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se entregó a sí mismo para hacernos ricos en su reino (Fil 2.5ss.). ¿No habrás de entregarte tu mismo para que muchos sean salvos?

Dios derramó su Espíritu Santo en la iglesia. Su acción, por la Palabra, *crea* corazones limpios y obedientes, renueva en ellos el gozo de la salvación, los afirma en la esperanza que nos dio con sus promesas y abre los labios de cada creyente para que publiquen alabanzas a su nombre. Así, en plena certidumbre, cada discípulo de Cristo toma su lugar en el mundo para ser enseñanza viva acerca de los caminos de Dios. Es Cristo quien vive en cada uno de sus siervos y su reino se hace visible entre nosotros. En medio del caos social y la crisis económica, la iglesia invita a la fiesta de la nueva creación que ya ha comenzado.

Damián J. Fischer  
Editor

# EL OFERTORIO

La mayoría de nuestras tradiciones litúrgicas tienen cierta dificultad en lidiar con el ofertorio (u ofrenda, nota d/trad.). Algunas prácticas litúrgicas actuales lo omiten por completo. Otras lo realizan tímidamente o en forma poco expresiva. Eso tal vez se deba a la falta de entendimiento respecto de este elemento litúrgico. Conociendo un poco acerca de su origen, podremos ser ayudados a trabajar mejor con él en la liturgia.

El ofertorio es uno de los elementos que se consideran imprescindibles en la liturgia. Los primeros cristianos expresaban, a través de la práctica del ofertorio, que el discipulado cristiano implica servicio, amor, solidaridad. Por varias décadas, la celebración de la Cena del Señor se realizó en el contexto de una cena comunitaria, denominada ágape. Ella era preparada con los alimentos que la comunidad traía. El objetivo era lograr una verdadera comunión de mesa, una comunión a la cual todos llegaban en la condición de recipientes y dadores, sin importar la cantidad que cada quien hubiese traído. Mujeres y hombres, patrones y empleados, ricos y pobres, todas las personas se reunían en torno de una misma mesa. De esa forma, las personas más pobres eran suplidas y dignificadas. Esa práctica espontánea de las primeras comunidades fue cristalizándose poco a poco en un rito y ese rito llegó a tener un lugar específico en la liturgia, recibiendo la denominación de «ofertorio».

Pero, no sólo las personas presentes en la reunión del culto eran beneficiadas con la comunión practicada por los cristianos. Porque, además de los alimentos, las personas cristianas llevaban también otros bienes para ser compartidos: ropas, cobertores, calzado y dinero. Con esas ofrendas, la comunidad cristiana socorría a las personas necesitadas. Sostenía a huérfanos y huérfanas, amparaba a las viudas, alimentaba a los hambrientos, ejercitaba la hospitalidad para con los forasteros y los viajantes, sepultaba a los que fallecían, visitaba y proveía lo necesario para los presos y los enfermos, y obraba concretamente en casos de calamidad

(como en los casos de pestes). De esa manera, el ofertorio estaba anclado en el centro del culto, pero sus efectos traspasaban largamente los límites de aquel evento.

Todo este acto de compartir no acontecía por acaso y de forma eventual. La diaconía no es una opción para la iglesia cristiana. Es condición. Asistir a las personas necesitadas era entendido como una prolongación de la fe y del culto (Santiago 1:27; 2:15-17). Toda esa acción de las comunidades cristianas se transformó en testimonio elocuente para las personas no cristianas y en desafío para el estado, ausente y no previsor.

De este modo, el ofertorio era un espacio de gran participación de la comunidad dentro del culto. Hasta el pan y el fruto de la vid, que después eran consagrados para la Cena del Señor, eran hechos y ofrendados por personas de la comunidad.

La práctica del ofertorio señala algunos aspectos fundamentales del ser-cristianos:

1. Las personas cristianas son, en primer lugar, receptoras de la bondad y generosidad de Dios. De este modo, el ofertorio siempre será una acción-respuesta a la acción primera, que es divina.

2. Las personas cristianas no viven solas sino que saben que hay otras personas a su alrededor. Ellas forman una familia, compuesta de hermanos y hermanas en la fe, que están lado a lado en comunión de mesa (¡Dios no tiene hijos únicos!).

Las personas cristianas se acercan a la mesa como familia de hijos e hijas de Dios. No vamos a la Cena como individuos aislados, cada cual para garantizarse un beneficio particular.

3. Dios espera que sus hijos e hijas compartan lo que recibieron, cada cual de acuerdo a sus posibilidades. Involucrarse concretamente con las necesidades de las otras personas, solidarizarse, repartir, es el compromiso de los hijos e hijas de Dios. Compartiendo sus bienes en el ofertorio, la persona expresa que está dispuesta a asumir ese compromiso.



4. Es de la mesa de comunión, en la Cena, que la comunidad cristiana recibe su autorización y su envío para el servicio. Reuniendo lo poco y lo mucho que cada cual ofrenda, la comunidad dispone de recursos para socorrer, amparar, apoyar, demostrar concretamente el amor para con personas que están en situación de necesidad.

El lugar del ofertorio en el culto cristiano es en la Liturgia de la Eucaristía (o Santa Cena, nota del editor), junto con la preparación de la mesa para la celebración de la Cena del Señor. En esa comunión de mesa todas las personas son igualmente receptoras y dadoras. Ellas participan de la mesa común, en el pan y en el vino reciben la entrega del mismo Jesús, son agraciadas y saciadas por Dios. La comunidad se llega a la mesa como familia que está dispuesta a donarse y a dar su contribución concreta en favor de otras personas. Y todo eso acontece en el espíritu que permea toda la Liturgia de la Eucaristía, a saber: el espíritu de Acción de Gracias.

Traídas las ofrendas a la mesa del Señor, sigue la oración del ofertorio. Esta agradece al Dios dador y entrega las ofrendas en sus manos para que él las use en favor de las personas necesitadas. De este modo, la oración del ofertorio realiza algo singular: es de las manos de Dios que las personas necesitadas reciben las dádivas, y no de la mano de personas nominales. De todo esto se desprenden dos consecuencias importantes:

1. El ofertorio no es y no debe tornarse un espacio para levantar recursos para la propia comunidad local, como organización. El ofertorio es el lugar litúrgico para que la comunidad cristiana ensaye y ejercite la solidaridad cristiana con las personas necesitadas y recuerde su compromiso de compartir. Es incoherente que la comunidad, como organización, retenga las dádivas del ofertorio para su propio beneficio.

2. Hay muchas formas de realizar el ofertorio. Por lo tanto, deberíamos superar la forma de depositar las ofrendas en el gazofilacio (aquella caja ubicada junto a la salida de la iglesia), luego de finalizado el culto. Realizar el ofertorio en su legítimo lugar litúrgico, junto con la preparación de la Cena del Señor, ayuda a la comunidad cristiana a entender que el acto de ofrendar y de socorrer a las personas necesitadas está anclado en el culto, y debe permanecer así para preservar el carácter específico de la diaconía cristiana.

Tomado de la Revista Tear, editada por la Escola Superior de Teología de Sao Leopoldo (Brasil)  
Sissi Georg Rieff, diaconisa de la Igreja Evangelica da Confissao Luterana no Brasil  
Trad: G. Oberman, Coordinador Red de Liturgia del CLAI

## CÓMO ANIMÓ PABLO A LOS CORINTIOS A OFRENDAR

Pablo estaba reuniendo una ofrenda para los hermanos de Jerusalén, los cuales pasaban por necesidades. Él llevaría dicha ofrenda en su próximo viaje. En tales circunstancias animó a la iglesia de Corinto recordándoles su compromiso y el ejemplo de los hermanos de Macedonia.



### Epístola a los corintios, capítulo 8

<sup>1</sup>Ahora, hermanos, queremos contarles cómo se ha mostrado la bondad de Dios en las iglesias de Macedonia. <sup>2</sup>A pesar de las pruebas por las que han tenido que pasar, son muy felices; y a pesar de ser muy pobres, sus ofrendas han sido tan generosas como si fueran ricos. <sup>3</sup>Yo soy testigo de que han ofrendado espontáneamente según sus posibilidades, y aun más allá de ellas. Por su propia iniciativa <sup>4</sup>nos rogaron mucho que les permitiéramos tomar parte en esta ayuda para el pueblo de Dios. <sup>5</sup>Y hasta hicieron más de lo que esperábamos, pues se ofrendaron a sí mismos, primero al Señor y luego a nosotros, conforme a la voluntad de Dios...

<sup>8</sup>...solamente quiero que conozcan la buena disposición de otros, para darles a ustedes la oportunidad de demostrar que su amor es verdadero. <sup>9</sup>Porque ya saben ustedes que nuestro Señor Jesucristo, en su bondad, siendo rico se hizo pobre por causa de ustedes, para que por su pobreza ustedes se hicieran ricos.

<sup>11</sup>...Ahora pues, dentro de sus posibilidades, terminen lo que han comenzado con la misma buena disposición que mostraron al principio, cuando decidieron hacerlo. <sup>12</sup>Porque si alguien de veras quiere dar, Dios le acepta la ofrenda que él dé conforme a sus posibilidades. Dios no pide lo que uno no tiene.

<sup>13</sup>No se trata de que por ayudar a otros ustedes pasen necesidad; se trata más bien de que haya igualdad. <sup>14</sup>Ahora ustedes tienen lo que a ellos les falta; en otra ocasión ellos tendrán lo que les falte a ustedes, y de esta manera habrá igualdad. <sup>15</sup>Como dice la Escritura: "Ni le sobró al que había recogido mucho, ni le faltó al que había recogido poco."»